



CUANDO LOS ECONOMISTAS ALCANZARON EL PODER

(o cómo se gestó la confianza en los expertos)

mariana heredia

sociología y política



CUANDO LOS ECONOMISTAS ALCANZARON EL PODER

(o cómo se gestó la confianza en los expertos)

mariana heredia

 **siglo veintiuno**
editores

siglo xxi editores, méxico

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos

LEPANT 241, 243 08013 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

Heredia, Mariana

Cuando los economistas alcanzaron el poder (o cómo se gestó la
confianza en los expertos).- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno
Editores, 2015.

304 p. ; 16x23 cm.- (Sociología y política)

ISBN 978-987-629-592-5

1. Economía.

CDD 330

© 2015, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Eugenia Lardiés

ISBN 978-987-629-592-5

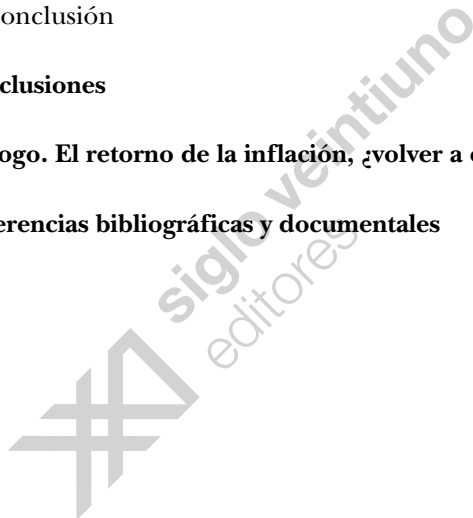
Impreso en Artes Gráficas Delsur // Alte. Solier 2450, Avellaneda
en el mes de septiembre de 2015

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

La economía como vocación	11
<i>Claudio E. Benzecry</i>	
Agradecimientos	17
Introducción	23
1. El ascenso público y político de los economistas	37
Entre campos y redes	37
Dos historias	41
Una progresiva convergencia	48
La destrucción creativa	58
Conclusión	69
2. La inflación: del mal necesario a la lucha de todos contra todos	73
La gran aliada de los economistas	73
Sobre la inflación antes de que fuera “el” problema	77
Experimento I. Las cavilaciones liberales en el seno de la dictadura	85
Experimento II. Democracia y terapia de shock	102
Inflación y vida cotidiana	128
Conclusión	135
3. La convertibilidad como pieza local del ensamblaje neoliberal	139
Entre la transferencia y el anacronismo	139
Secretos de fabricación	143
La confección de la convertibilidad	153
De aliados y oportunistas	165
La estabilización del nuevo orden	177
Conclusión	186

4. El laboratorio y las metamorfosis de la representación	189
La representación como problema de frontera	189
Las dos almas de la sociedad argentina	193
La recomposición de los representantes	205
Los dispositivos de regulación social	218
Conclusión	228
5. El estallido de la convertibilidad	231
De dilemas expertos y desmontajes “amateurs”	231
¿Crítico la convertibilidad o reemplazar el equipo económico?	234
¿La prescindencia o el compromiso?	245
¿La verdad o el honor?	254
Conclusión	266
Conclusiones	269
Epílogo. El retorno de la inflación, ¿volver a empezar?	279
Referencias bibliográficas y documentales	283



La cultura se ha constituido en sistema de defensa contra las técnicas; ahora bien, esta defensa se presenta como una defensa del hombre, suponiendo que los objetos técnicos no contienen realidad humana. Querríamos mostrar que la cultura ignora en la realidad técnica una realidad humana...

GILBERT SIMONDON, *El modo de existencia de los objetos técnicos*, 1958

Como los hechos científicos se hacen dentro de los laboratorios, para hacer que circulen es necesario construir costosas redes dentro de las cuales puedan mantener su frágil eficacia. Si esto significa transformar la sociedad en un inmenso laboratorio, ¡hagámoslo!

BRUNO LATOUR, *Denme un laboratorio y moveré el mundo*, 1983

No hay ética en el mundo que pueda substraerse al hecho de que para alcanzar fines “buenos” haya que recurrir, en muchos casos, a medios moralmente dudosos [...]. Es más, ninguna ética del mundo es capaz de precisar, ni resolver tampoco, en qué momento y hasta qué punto los medios y las consecuencias laterales moralmente arriesgadas quedan santificadas por el fin moralmente bueno.

MAX WEBER, *El político y el científico*, 1919

La economía como vocación

*Claudio E. Benzecry**

A fines de la década de 1910 Max Weber brinda dos conferencias para estudiantes en Múnich. En una se refiere a la vocación que conduce a alguien a dedicar su vida a una carrera en las ciencias; en la otra discurre acerca de cómo funciona el poder en las sociedades modernas, y cuáles son los compromisos éticos que gobiernan las decisiones de quienes ejercen o compiten por ejercer la autoridad. En la intersección de ambas conferencias aparece una tensión fundamental para comprender las sociedades contemporáneas, entre la administración técnica burocrática de las sociedades y los liderazgos carismáticos, llamados a reencantar un mundo atrapado por el frío y los grises de la administración repetitiva constituida únicamente en la búsqueda de eficiencia. Weber descreía de las virtudes de un burócrata —de alguien cuyo rol principal consiste en encontrar la forma menos costosa de conseguir algo ordenado por otros— como líder, dado que su vocación real está en la administración imparcial, careciendo entonces de voluntad de poder, ambición política y sentido de la responsabilidad. Para Weber, el burócrata era incapaz de comparar entre los fines a perseguir, los medios por los cuales alcanzarlos, y de evaluar el costo del uso de esos medios y de sus consecuencias.

Si es cierto que en esta estricta separación los burócratas están sólo al servicio de los jefes políticos, incapaces de intervenir de una manera que ilumine o reencante el mundo, ¿cómo es que los economistas intervienen en política? Y más aún, ¿qué vocación es la de economista? En este fantástico libro Mariana Heredia muestra cómo los economistas logran autonomizar su identidad y sus decisiones, y ocupar el lugar de los que suturan las dos esferas de valores escindidas; aquí la técnica, allá la política. Para construir este argumento, Heredia necesita convertir algo que todos vemos (los diarios refiriéndose al ministro de Economía, economistas opinando en televisión, candidateándose a cargos electivos),

* Profesor asociado de Comunicación y Sociología, Universidad Northwestern, Chicago.

pero cuya génesis desconocemos, en un objeto primero extraño y que de a poco, en su delimitación, se va transparentando. A través de entrevistas, análisis de textos periodísticos, el estudio de las memorias de grupos y asociaciones profesionales, de la currícula de las carreras de economía, la autora profundiza en un sutil argumento que encuentra en la inflación el *locus* que permite a los economistas avanzar en sus disputas jurisdiccionales ante otras formas de representación, y a los economistas “ortodoxos”, imponerse dentro de la disciplina. Utilizando las herramientas teóricas de la nueva sociología económica y de la sociología de las elites, el libro plantea un recorrido sociohistórico que reconstruye no sólo el lugar de intervención alcanzado, sino también cómo fueron variando los tipos de conocimientos que llamamos económicos, así como las redefiniciones constantes de los propios términos usados: *economía, política, ortodoxia*.

En esta reinterpretación constante de qué es un economista, qué es la economía, qué es la política, cuáles son las recetas adecuadas, cómo se venden estas a los políticos y al público general, la inflación aparece como un eje central en la explicación sobre qué produce la desestabilización y reestabilización de antiguos lugares de intervención, y contribuye a la visibilidad de estos nuevos actores en la esfera pública y la acción política. Siguiendo de cerca a los actores principales de este drama, Heredia presta especial atención a lo que los economistas hacen, lo que dicen que hacen y lo que escriben. Al hacer esto, acercándonos a las redes de afiliación profesional y universitaria, las carreras que los propios actores construyen, las trayectorias ministeriales, los devenires político-partidarios y las líneas de tensión entre todas estas formas de inscripción institucional –con sus propias rutinas, saberes y obligaciones–, el libro nos regala una serie de respuestas contraintuitivas con respecto a de dónde vinieron las recetas ortodoxas, qué es el neoliberalismo, cómo se difundieron los paquetes económicos neoclásicos, por qué la profesión consolidó un lugar de intervención como al que nos hemos acostumbrado. Cosas de las que todos hablamos y damos por sentadas, pero que luego de leer estas páginas nos sorprenderá constatar cuánto desconocíamos.

En vez de grandes sintagmas con mayúsculas, que anuncian mucho pero cubren poco (Ideología, Capitalismo, Neoliberalismo), Heredia usa las herramientas artesanales y detalladas de una sociología cualitativa atenta a lo empírico pero teóricamente informada para responder a una de nuestras grandes preguntas –cómo es que los economistas se convirtieron en actores privilegiados dotados de autoridad política– de manera menos declamativa, pero mucho más segura y –valga la paradoja– con-

tudente. De este modo, las respuestas no se circunscriben a grandes conceptos que ocuyen más de lo que explican, sino a inscripciones más puntuales que susurran palabras como *autonomía*, *socialización*, *expertise*, *profesionalización*, *jurisdicción*. El libro participa así en los movimientos tectónicos que están hoy atravesando la sociología en la Argentina.

La obra de Mariana señala un camino recientemente transitado por la sociología en el país, el de retomar los grandes temas de la agenda pública (la pobreza, las elites, el Estado, los empresarios, las clases dominantes, la movilización social, la inseguridad), pero a partir de estudios puntuales, de caso, en función de los cuales se pueden formalizar algunas ideas más generales. Parte de lo que explica esto es la existencia de algo así como una tercera refundación de la sociología en la Argentina.

Si la primera modernización consistió en la creación de la propia carrera, nucleada en la figura de Germani y luego en la de discípulos suyos como Murmis, Verón, De Riz, Marín, Marsal, Laclau o Sigal, y la segunda, en el retorno de los exiliados y la consolidación de la Facultad de Ciencias Sociales dirigida por nuestros maestros (figuras como Portantiero, De Ípola, Margulis, Sidicaro, Argumedo, entre tantos otros y otras), esta tercera modernización está anclada en dos fenómenos que se dieron por separado, pero que de a poco se fueron articulando como un todo: la creación de posgrados tanto en la UBA como en las nuevas universidades del conurbano y en centros de investigación privados; el retorno de gente de una generación intermedia que se fue a estudiar sociología en Francia y los Estados Unidos, y antropología en Brasil. La reapertura y expansión del Conicet es un tercer factor, que ayuda a que los estudiantes de las primeras tengan financiación y la promesa de una carrera, y que aquellos que volvieron del exterior encuentren puestos de trabajo en el país y puedan poner en circulación aquello que aprendieron.

El libro de Mariana se inscribe en este espacio nebuloso que uno podría llamar pomposamente “nueva sociología argentina”, un espacio creado por una generación que va teniendo de maestros a sus hermanos mayores (por el retiro de la segunda generación modernizadora y la desaparición durante la dictadura de la mayoría de aquellos que deberían haberlos reemplazado) y que transcurre constantemente en espacios mucho más abiertos de diálogos con el exterior, no sólo con los nuevos lineamientos bibliográficos, los grandes maestros directos, sino también con los argentinos que a pesar de construir sus carreras académicas fuera de la Argentina, siguen estudiando nuestro país.

En el trabajo de Mariana podemos ver algunas de estas coordenadas: este es un libro que –como señalé– responde algunas de las grandes pre-

guntas con significación política, pero de una manera distinta y novedosa, como un objeto empíricamente observable y analizable. Ella estudió en Francia la sociología de las convenciones y los estudios de acción en red, y recogió en los Estados Unidos los debates de la nueva sociología económica y del *expertise*, pero en el viaje de vuelta no se olvidó de lo que se había llevado de Buenos Aires: sus conocimientos sobre los mecanismos de reproducción de las elites locales, el placer por la buena escritura, así como que, en disciplinas cercanas (la historia, la antropología, la literatura), están algunas de las preguntas y respuestas que buscamos. La salida del ensayo totalizador no tiene necesariamente que conducir a abandonar la comunicación con disciplinas afines. Este libro es una prueba cabal de ello.

A modo de conclusión –no sólo de este volumen, sino también de una serie sobre nueva sociología argentina–, permítaseme pegarle el imaginario botellazo de champagne a este barco a punto de partir. Sin duda alguna, *Cuando los economistas alcanzaron el poder* es una obra llamada a circular por diversos ámbitos, suscitar polémica, discusiones, críticas, así como abrir nuevas líneas de interrogación e inspirar futuras investigaciones de lo que ha quedado aquí inconcluso. Invito al lector, entonces, a que comience su propio viaje, y a que el libro hable no a partir de mi palabra, sino de lo que dice el propio texto.

Nueva York, junio de 2015



A papá y mamá



Agradecimientos

Comparada con muchas de las personas que pueblan este libro, yo tuve suerte: la Argentina fue muy generosa conmigo. A diferencia de otras generaciones castigadas por pensar libremente, yo no sólo pude escribir este libro en democracia, sino que conté además con el inestimable apoyo de un conjunto de instituciones públicas que lo hicieron posible. Sin la Universidad de Buenos Aires, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), la Universidad de San Martín y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, este libro nunca hubiese existido. Estos organismos estatales no sólo contuvieron y estimularon mis inquietudes, le dieron un sentido trascendente a mi tarea: el de formar parte de organizaciones que intentan día a día, en la investigación y la docencia, aunar en su seno la excelencia académica y la equidad social. Y lo hacen con la convicción de que las ciencias y las humanidades son tanto herramientas de transformación como fuentes de comprensión y reflexividad para nuestras sociedades. A estas instituciones, mi primer agradecimiento.

Pero el fruto de las ciencias sociales y las humanidades languidece si se encierra en las universidades y los centros de investigación. Es un honor que sea Siglo XXI quien acerque este libro a sus potenciales lectores. Saber que esta editorial podía publicar estas páginas fue un aliento decisivo para concretar este proyecto. Es este espacio, que reúne en el país a las plumas que admiro, aquel al que siempre quise pertenecer. A Carlos Díaz y Yamila Sevilla, mi gratitud por la paciencia con la que esperaron el manuscrito y la inteligencia con la que contribuyeron a mejorarlo.

Todas estas condiciones propicias no hubieran sido suficientes si los protagonistas de esta historia se hubieran negado a compartir conmigo sus experiencias. A lo largo de este recorrido, me fui volviendo cada vez más reticente a las interpretaciones que se pelean con sus objetos de análisis, aquellas que, cayendo en la conspiración o el miserabilismo, niegan humanidad a los hombres que intentan comprender. El contacto con los economistas que me brindaron su tiempo fue un elemento

fundamental de este proceso que me permitió asomarme a la dimensión humana, en su fragilidad y su fortaleza, que anima los grandes sucesos que aquí se narran. Al agradecimiento a los economistas entrevistados, querría sumar mi mayor gratitud a aquellos que leyeron con detenimiento muchos pasajes de este libro: a Martín Abeles, Lucas Llach, Luciano Borgoglio, David Kary mi reconocimiento por su lectura generosa y sus observaciones.

Alfredo Pucciarelli y Monique de Saint Martin dirigieron la investigación que funda esta obra. Nunca voy a poder agradecerles lo suficiente la alquimia maravillosa de confianza y libertad que me brindaron. Aún con nuestras diferencias o tal vez gracias a ellas, Alfredo me abrió todos los espacios de los que dispuso, leyó cada línea de los textos que le alcancé, reafirmó una y otra vez el compromiso con las ideas y las personas que hacen de él un ser tan extraordinario.

Gracias a la generosidad de mis directores, mi formación se nutrió también de otros maestros. Les agradezco a todos, en el orden en el que me fueron acompañando. Catalina Wainerman me enseñó a hacer investigación y a volar con alas propias. Ricardo Sidicaro estimuló con sus provocaciones mis preguntas y orientó con su ejemplo muchas de mis decisiones. Silvia Sigal me recibió en París y comentó sin concesiones mis ideas. Jorge Schvarzer tuvo la grandeza de honrarme con su amistad, acercándome a un archivo donde se perpetúa su legado. Lucas Rubinich me aceptó entre los amigos y la buena sociología que tan bien sabe congregar. Alejandro Grimson encabezó el proyecto que le dio sentido a mi regreso: el Instituto de Altos Estudios Sociales (Idaes). Su criterio académico y su agudeza política me dejaron muchas lecciones al tiempo que se iba convirtiendo en un gran amigo. También mi agradecimiento a Georgina Binstock, Patricia Berrotarán, Antonio Camou, Marcela Ferrari, Federico Neiburg, Mariano Plotkin, Pablo Tovillas, Eduardo Zimmermann que acompañaron los orígenes de este trabajo.

El proyecto de este libro nació en Francia. Cuando llegué, París era una fiesta, y la École des Hautes Études en Sciences Sociales, su Olimpo. La convivencia de las distintas ciencias sociales en esta casa me permitieron pensar un tema de investigación que no se ajustaba a las etiquetas disciplinarias. En sus aulas, pude enriquecerme con las ideas de filósofos, historiadores, economistas, estudiosos de la política y la sociedad que tanto había admirado de lejos. Entre ellos, la lucidez y la vitalidad intelectual de Luc Boltanski me marcaron profundamente. Él y Laurent Thévenot (a quien conocí más tarde y por quien siento igual cariño) me recorda-

ron que la imaginación sociológica florece en la amistad y en el goce de abrirse al descubrimiento de la diversidad reveladora de este mundo. Michel Callon, Michel Offerlé, André Orléan, Pierre Rosanvallon, Laurent Vidal supieron escucharme y aconsejarme en distintas etapas de este trabajo. Una mención especial merece Graciela Villanueva y su familia, mi hada madrina franco-argentina que compartió conmigo las grandes alegrías y me cuidó en los momentos más difíciles.

Años más tarde, una beca del Conicet me permitió pasar varios meses en la Universidad de Columbia en Nueva York. Allí tuve la dicha de compartir distintas charlas con Nitsan Chorev, Raewyn Connell, Timothy Mitchell, Verónica Montecinos. Gil Eyal y Carlos Forment leyeron y comentaron con generosidad distintos borradores de este trabajo. Cada uno a su modo me invitó a repensar la tesis desarrollada en Francia bajo nuevas perspectivas. A la vocación generalista y teórica que había aprendido en la academia francesa, le sumaron la convicción de que contribuir a la vastísima literatura (anglófona) disponible y afilar el argumento son desafíos cruciales para la sociología de nuestro tiempo.

Pero este libro nunca hubiera existido sin la intervención de Claudio Benzecry. Fue él quien desempolvó la idea, contuvo mis dudas, corrigió el manuscrito, me arrastró con su energía en esta empresa. No sólo fue un editor fiel y minucioso de este trabajo. Claudio es un insaciable de la cultura, una luz para quienes conocemos su humor, su sensibilidad y su erudición. Este proyecto fue una excusa para seguir aprendiendo de él, mi querido maestro contemporáneo.

Cada una de estas personas definió a su modo el trabajo intelectual y el sentido que le atribuye en su vida y en la sociedad en la que vivimos. Todos coincidieron en transmitirme un compromiso curioso, agudo, jubiloso, exigente, apasionado con la producción y la discusión de conocimiento. Ojalá nuestra generación sea capaz de honrar y transmitir este fuego sagrado.

Como dice mi primer mentor y amigo Pablo Bonaldi, la sociología sirve para hacerse buenos amigos. ¡Y qué verdad! Si algo distingue el campo académico en América Latina es que, como los círculos literarios de Roberto Bolaño, está formado por pares que se encuentran en una misma pasión y se enriquecen los unos a los otros. Ana Castellani, Paula Canelo y Gastón Beltrán fueron el núcleo afectivo e intelectual que acompañó gran parte de mis proyectos antes y después del viaje a Francia. Mi agradecimiento y mi cariño para Gabriela Benza, Stéphane Boisard, Martín de Santos, Luis Miguel Donnatello, Marina Farinetti, Isabel Infante, Olessia Kirtchik, Mariana Luzzi, Jesús Monzón, Gabriel Nardaccione,

Pablo Nemiña, Lía Quarleri, Hernán Ramírez, Alexandre Roig, Rodolfo Sánchez, Martín Schorr, Gabriel Vommaro, Ariel Wilkis que me ayudaron en distintos tramos de este largo trabajo. Claudia Daniel, Juan Manuel Heredia, Federico Lorenc Valcarce, José Ossandón, Sebastián Pereyra y Lorena Poblete leyeron extensos pasajes del manuscrito y me hicieron sugerencias muy valiosas. A todos, un profundo agradecimiento por regalarme su inteligencia y su amistad. Sería imposible nombrar aquí a los compañeros de la cátedra de Análisis de la Sociedad Argentina (de la UBA), del Programa de estudios sobre las elites (del Ideas), de la revista *Apuntes de Investigación del Cecyp* y del proyecto InterCo-SSH. Vaya a todos y cada uno mi gratitud por conciliar cada día el trabajo riguroso con el aliento constructivo.

Pero la longitud del proyecto agregó una nueva generación a los agradecimientos de este libro. Cuando los imperativos burocráticos amenazaron con disecar todo entusiasmo, los estudiantes y jóvenes graduados fueron mi antídoto. Cada uno a su manera supo recordarme que la investigación es una fuente de eterna juventud en la medida en que nos obliga a explorar mundos desconocidos con inocencia y modestia. Gracias a mis alumnos de grado y posgrado por su frescura y su esfuerzo. Varios, desde más cerca, me asistieron en distintos momentos de esta investigación; algunos se volvieron amigos muy queridos. Gracias a María Laura Anzorena, Leandro Basanta Crespo, Franco Bellizi, Pedro Blois, Juan Califa, Miguel Cichowolski, Francisco D'Alessio, Fernán Gaillardou, Rodrigo García, Rodolfo García Silva, Ana King, Gabriel Obradovich, Matías Ortiz, Cecilia Paván, Elsa Pereyra, Clara Pintos, Diego Podestá, Oxana Salazni, Pamela Sosa, Melina Tobías y Mauro Vázquez por contribuir con su tiempo a este libro. También mi cariño a cada uno de mis tesisistas reunidos en el grupo de los Gajes. A ellos les agradezco la lectura de pasajes de este texto, pero sobre todo el compromiso que imprimen al trabajo que hacemos juntos. Un reconocimiento muy especial merecen Mariana Gené y Luisina Perelmiter, dos joyas en inteligencia y sensibilidad. Es conmovedor comprobar todo lo que crecieron y cuánto me enseñaron en el camino.

Finalmente, mi mayor gratitud es hacia mi familia, que le dio sentido a esta gran aventura que me llevó lejos y me trajo más cerca de casa. A mis entrañables amigos, Agustín Ceriani, Rodolfo Sánchez, Carolina Zapiola, Cecilia y Laura Veleda. A mis queridos cuñados Bárbara Aguer y Axel Pichler. A mis ahijadas Olivia Sánchez y Malena Ceriani y a sus hermosos hermanos Violeta, Camila y Ezequiel. A los mayores tesoros de mi vida: mis hermanos Daniela, Eliana y Juan Manuel. A mis padres, Horacio

Heredia y Laura Anghileri, a quienes nunca voy a poder agradecer lo suficiente su manera sólida y alegre de quererme tanto. Y al exorcista, que llegó entre dos libros para hacerlos más felices y, ojalá, para quedarse.



Introducción

En febrero de 2014, un periodista español titulaba un artículo “Argentina, paraíso de los economistas”. Por él desfilaban las situaciones cotidianas que, habituales en el país, despiertan sorpresa en los observadores extranjeros: el grado de especialización de los argentinos en ciertos datos estadísticos, la atención cotidiana prestada al dólar y las reservas del Banco Central, el sinnúmero de promociones y cálculos tortuosos que acompañan la incertidumbre sobre el valor de las cosas, la palabra autorizada de los cronistas financieros en los medios, la horda de consultores que analiza la coyuntura y se disputa el acceso al ministerio económico.

En su último párrafo, el autor concluye:

Pero un país que ha sufrido en las últimas cuatro décadas varias devaluaciones traumáticas, crisis cambiarias y varias hiperinflaciones debería haber aprendido algo más que algunas cifras y conceptos. Tendría que haber aprendido a evitarlas. Y en lugar de eso, el ciudadano de a pie tuvo que dedicarse a gambetear, a driblar los precios y sobrevivir. Y algunos de los mejores economistas aprendieron a fundar consultoras y a sacarles dinero a las empresas que piden consejos para navegar por estas tormentas (Peregil, Blog Sur de *El País*, 5/2/14).

Contrariando las expectativas de este y tantos observadores de la realidad nacional, este libro no presenta un recetario más contra los males económicos del país. Intenta, en cambio, comprender el momento y el modo en que el frenesí de los cálculos cotidianos y las experiencias monetarias extremas conquistaron la vida de los argentinos al tiempo que los expertos en economía ganaban un lugar de singular protagonismo en el espacio público y político. Al calor del desorden económico y llamadas a pacificar un territorio que les resultaba cada vez más indómito e incomprensible, las autoridades públicas fueron delegando el juicio y la

decisión en especialistas como si sólo la ciencia fuera capaz de recobrar la estabilidad.

El primer desafío es ubicarnos en el tiempo. Tanto en el sentido común como en las interpretaciones académicas, la noción de crisis parece por momentos haber perdido todo referente temporal preciso. Para algunos, todo se inició en los años treinta con la ruptura del régimen constitucional, o en 1945 con el ascenso del peronismo, dos fenómenos que, en su profunda diversidad, cerraron el ciclo liberal inaugurado a fines del siglo XIX. Para varios, la crisis comenzó una década más tarde, cuando tras el derrocamiento de Perón se encadenaron diversas tratativas infructuosas de recomponer el orden. Para otros, incluso, sería la última dictadura militar la partera de todos los males. Para muchos, al fin, la crisis no sería en la Argentina un punto de inflexión sino una calamidad recurrente que, con cierta impuntualidad, ha ido marcando el pulso de cada una de las últimas décadas.

La tesis de este libro es que, aunque fuera un fenómeno de larga data, la inflación se erigió a partir de mediados de los años setenta en el principal termómetro de la crisis y que este modo de tematizar las dificultades del país acompañó y justificó desde entonces rupturas trascendentes. Claro está, la inflación no era una experiencia nueva para los argentinos. Entre 1945 y 1974, la media de incremento anual de los precios se situó en torno del 28%, y estos valores estuvieron por encima de los promedios del mundo entero.¹ No obstante, como en otros países en desarrollo, la inflación argentina fue, al menos hasta 1975, una preocupación relativamente menor. Aunque la cartera económica recayera con frecuencia en manos de especialistas empeñados en alcanzar la estabilidad, sus mandatos fueron precarios, sus atribuciones, restringidas y no lograron revertir en forma duradera ni el incremento de los precios ni el “estatismo” que muchos criticaban.

Es a partir de 1975 y sobre todo de 1976 que convergen tres grandes procesos: la entronización de la inflación como problema público y político de primer orden, la delegación de la política antiinflacionaria en

1 Las cifras para el caso argentino provienen de Gerchunoff y Llach (1998) y fueron actualizadas con datos del Indec (Instituto Nacional de Estadística y Censos). Utilizamos información de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) para los países desarrollados. De aquí en más, de no precisarse otras fuentes sobre inflación, se trata de datos de Gerchunoff y Llach (1998). Los datos macroeconómicos sobre la década de los noventa fueron extraídos de las series de la Comisión Económica para América Latina (Cepal).

expertos independientes y la sucesión de experimentos macroeconómicos de singular osadía. Si bien el incremento del costo de vida no había estado ausente del debate público ni de la movilización de los actores sociales vinculados al trabajo y al capital, con el Rodrigazo y los planes de estabilización que lo siguieron la inflación fue conquistando mayor interés en los medios al tiempo que se iba convirtiendo en materia de especialistas. En paralelo, en la medida en que las dificultades económicas se imputaron a los errores cometidos por las autoridades precedentes, a las que se acusaba de irracionalidad presupuestaria y administrativa, los reclamos por el restablecimiento del orden monetario tomaron la forma de una exigencia en pos del aislamiento de los decisores y de la afirmación de una autoridad central fuerte. A través de esta interpretación de la inflación, la ciencia económica se fue afirmando como garante de un juicio objetivo, como fundamento de un programa realista y como justificación de una voluntad estatal inflexible.

La atención en los desafíos enfrentados por los sucesivos gobiernos permite contar de otra manera la historia de las grandes transformaciones del último cuarto del siglo XX. Más que en un consenso en pos de las reformas de mercado o en un enfrentamiento encarnizado entre dos proyectos de país contrapuestos, fue en la dialéctica entre inflación y política antiinflacionaria donde se jugó la reformulación del orden de posguerra. Dos constataciones y un interrogante pueden officar de punto de partida. La primera constatación es que la organización social y económica mutó profundamente a partir de los años setenta. La segunda es que, aun cuando estos años expresaran una conflictividad social y política inédita, la derrota de las fuerzas de cambio² no alcanzó para pavimentar un nuevo orden: el repliegue de la intervención estatal y la estabilización de una organización social distinta se demoraron casi tres lustros. Y he aquí el interrogante: si el ascenso de los economistas fue un fenómeno global, ¿dónde residió la especificidad de este proceso en la Argentina?

Bruno Latour (1983) nos ofrece una pista al recordar la fórmula de Arquímedes según la cual, disponiendo de un buen punto de apoyo y de

2 En el caso que nos ocupa, según los principales intérpretes y autoridades de la época, las organizaciones armadas vinculadas al peronismo y a la centroizquierda estaban militarmente derrotadas antes de 1976. Asimismo, la concertación social planteada por el último gobierno de Perón se desgarró en el poder con tanta violencia que gran parte del arco político, de derecha a izquierda, avaló el golpe de Estado. Véanse, entre muchos otros, De Riz (2000), Svampa (2003) y Torre (1983).

una palanca, sería posible desplazar a la Tierra. Esta metáfora permite comprender la relación que liga los cálculos y prototipos realizados por científicos y técnicos en los laboratorios con su capacidad para intervenir sobre el mundo y dominar el fenómeno que los desvela. Si los expertos triunfaron allí donde otros habían fracasado es porque se dieron un objetivo específico y subordinaron a él todo lo demás. Pero claro está, la construcción y, sobre todo, la estabilización de ese nuevo orden distó de ser lineal. Ateniéndonos sólo a los aspectos monetarios y financieros, la lista de experiencias extremas es larga: un endeudamiento exterior inédito, dos hiperinflaciones, cinco semiconfiscaciones de los depósitos bancarios, una relación tormentosa entre la moneda local y el dólar, la sucesión de cinco monedas nacionales, la aparición de más de una docena de cuasimonedas provinciales y el mayor *default* de deuda soberana del que se tenga registro.

Podría pensarse que, ante la gravedad de los acontecimientos, la improvisación de las autoridades civiles y militares terminó rindiéndose al conocimiento detentado por los especialistas. Refutando esta hipótesis, la historia que relataremos cuestiona la oposición entre voluntarismo político y realismo científico. Dada la persistencia esquiva de la inflación, las controversias febriles entre especialistas, la ausencia de recetas infalibles, la audacia de los experimentos ensayados y la magnitud de las vicisitudes desatadas podemos dudar de la existencia de un camino virtuoso trazado de antemano. Al focalizarnos en los dilemas enfrentados por los expertos, constatamos sus vacilaciones, sus disyuntivas, sus sorpresas, sus aciertos inesperados.

Es que, investidos de crecientes atribuciones, los funcionarios económicos debieron balancear valores e intereses contradictorios que comprometían a toda la sociedad. Del mismo modo que las interpretaciones se oponen por los aspectos que iluminan y los que dejan en las sombras, las acciones (y sobre todo las políticas) se diferencian por aquello que asumen como dato inmodificable e inexorable de la realidad y aquello a lo que, en cambio, asignan plasticidad y capacidad de adaptación. A través de sus juicios y sus actos, los economistas participaron activamente de la determinación de lo verdadero, lo justo y lo posible. Y en el modo de saldar las controversias sobre la inflación, la organización de un sistema de hipótesis se tradujo en la construcción de un modelo, y este en la formulación de un dispositivo de intervención: ciencia, técnica y política quedarían imbricadas por completo.

En este sentido, si en 1993 podía creerse que los ortodoxos habían vencido a los heterodoxos en su lucha contra el incremento de los precios, esto

no puede atribuirse al acierto de una mera operación interpretativa. Lejos de atrincherarse en sus centros de estudio como investigadores imparciales de la realidad inflacionaria, los ortodoxos desplegaron un conjunto de acciones destinadas a persuadir indecisos, transformar instituciones, alistar aliados, incentivar cálculos, debilitar adversarios, forzar, en suma, en las conciencias y en las prácticas, una nueva estructura y dinámica social.

Las crónicas y las diversas caricaturas que los diarios dedicaron a Cavallo ilustran bien este compromiso de los técnicos que trascendió largamente la observación metódica de un conjunto de variables. El economista mediterráneo redactó interpretaciones con distintas retóricas y para públicos diversos, se esforzó por convencer a empresarios y políticos de las virtudes de su ciencia, instruyó a los especuladores sobre las operaciones más rentables, amenazó con encadenarse al Congreso si no aprobaban en tiempo y forma su propuesta, produjo cantidad de decretos y reglamentaciones, humilló a periodistas, lloró frente a jubilados e instó una y otra vez a los argentinos a poner el destino del país en sus manos.

En la tensión entre voluntarismo político y realismo científico, la noción de prueba resulta fundamental. Como afirman Boltanski y Thévenot (1991 [1989]: 58-59), las pruebas permiten medir la fortaleza de una proposición y, al hacerlo, posibilitan cierta gestión de los desacuerdos. Cuando las pruebas se consideran pertinentes, actores distintos y hasta enfrentados pueden convencerse de la solidez de una afirmación, al considerarla justa y ajustada a los principios que intentan tornarla inteligible. Asimismo, superar una prueba fortalece a quienes salen airoso de ella. Someterse a las mismas reglas y ganar cierto número de partidos, por ejemplo, permite que un equipo de fútbol sea reconocido como el legítimo ganador de un torneo. Examinar en el laboratorio una muestra extraída de la escena de un crimen lleva a confirmar o descartar la culpabilidad de un sospechoso.

Si el recurso a la prueba interesa es porque nos recuerda que las discusiones que analizaremos no se limitan a un simple intercambio de ideas. En las disputas sociotécnicas en torno del incremento de los precios, ciertas experiencias se fueron afirmando como medios legítimos para juzgar la calidad de un diagnóstico y la eficacia de un plan económico. El control de la inflación se erigió de manera progresiva en una especie de “test experimental” (Popper, 1984) capaz de afirmar tanto la superioridad de una aproximación científica como la solidez del orden político en su conjunto.

Lo sugestivo es que, muchas veces, las pruebas superadas con éxito no responden a los argumentos presentados por los implicados. El equi-

po vencedor puede ganar la competencia por un grave error del contrincante. Aun siendo culpable, el sospechoso puede quedar absuelto porque evitó dejar rastros. La convertibilidad ilustra esta discrepancia entre los postulados del modelo y sus pruebas. Si bien la paridad logró controlar los precios –y sus “padres intelectuales” se ganaron el prestigio resultante–, este éxito no respondió necesariamente al respeto de las premisas consideradas como fundamentales. La convertibilidad le dio la razón al equipo de Cavallo y poco importó, por varios años, si las condiciones planteadas en el origen se habían cumplido, y si garantizaban la sustentabilidad del modelo.

Vista en el contexto de los años noventa, muchos observadores podían concluir que la convertibilidad constituía la realización de una interpretación justa y un modelo infalible para el combate de la inflación. Frente al éxito, las doctrinas científicas parecían verdaderas, y los sectores dominantes, monolíticos y solidarios con las decisiones adoptadas. No comenzaremos aquí por el orden alcanzado por la convertibilidad, sino por el trabajo laborioso que condujo a ella y que se desarmó con su crisis.

Como el neoliberalismo, la convertibilidad no puede ser el punto de partida, sino más bien el de llegada. Poner el acento en los desafíos, las dinámicas e incluso las herejías locales revela que la Argentina no sólo fue un reflejo de procesos internacionales de difusión de ideas y políticas; también sus expertos gozaron de amplios márgenes de autonomía y creatividad. Fue la audacia en el diseño de un conjunto de dispositivos la que erigió a los economistas argentinos en vanguardia y ejemplo de la historia global del neoliberalismo. Si el diablo está en los detalles, es en los pliegues de los imperativos globales y locales donde vale la pena ubicarse para contar la historia de los economistas y su contribución al cambio social.

Según las investigaciones sociológicas, los grupos sociales más débiles pagaron caro la obsesión por la inflación y la delegación del juicio público en expertos. Las políticas económicas del último cuarto del siglo XX, y en particular las de los años noventa, lograron conjurar el incremento de los precios, pero para hacerlo produjeron una transformación social profunda y regresiva. Esta constatación alimentó una vieja rivalidad entre sociólogos y economistas³ y la competencia adquirió, en la Argentina

3 Los métodos utilizados tienden a asociar a los economistas con los números, mientras los sociólogos suelen apoyarse en testimonios mediados por la palabra. Los economistas se inscriben mayoritariamente en perspectivas teóricas que exaltan la racionalidad y la libertad individual. En cambio, los sociólogos

de los años noventa, la forma de un enfrentamiento abierto entre dos notables exponentes de cada disciplina. En 1994, ante el incremento repentino y significativo de la tasa de desempleo, la socióloga Susana Torrado declaró a la prensa que existía una relación directa entre la crisis del empleo y el plan económico vigente. Ante estas declaraciones, el entonces ministro Domingo Cavallo reaccionó con violencia: trató a la socióloga de incompetente y la mandó “a lavar los platos”. El funcionario llegó incluso a amenazar con el cierre del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), al que pertenecía la especialista, alegando que este no proporcionaba al país conocimientos de utilidad.

Lo más interesante del entredicho fue que puso en evidencia cambios significativos en los modos de representación contemporáneos. Es usual distinguir la representación científica de la verdad, atribuida a los científicos, de la representación política de intereses y valores, que se asigna a los dirigentes sociales y políticos. Más allá de su carácter canónico, esta distinción ya no refleja con justeza las prácticas. En el caso de las ciencias económicas de fines del siglo XX, muchos expertos abandonaron los claustros universitarios y adquirieron el derecho a participar, de manera directa, en la toma de decisiones públicas cruciales. Esta erosión de las fronteras entre ciencia y política no comprometió a todas las disciplinas por igual. El avance de los economistas se hizo muchas veces denostando por ignorancia no sólo a quienes quedaban sujetos a sus designios, sino también a otros especialistas de la naturaleza y la sociedad. Paradójicamente, las interpretaciones más críticas también insistieron en reservar a la economía la objetividad de una jaula de hierro, inmanente y determinante. Las diversas expresiones de la cultura coincidieron en reiteradas ocasiones en una posición defensiva contra los “fenómenos económicos” como si no existiera en ellos ningún soplo de vida humana. Así las cosas, parecía necesario aceptar que la ciencia económica se consagrara a la explicación y el manejo de la sala de máquinas que controla nuestra existencia, mientras las otras ciencias se limitaban a reconstruir otros aspectos (por definición más locales y maleables) de la experiencia social.

Este estudio se opone a esta dicotomía y busca tanto extender cierta lógica constructivista a los procesos económicos como subrayar que las construcciones sociales rara vez se limitan a meros procesos cognitivos o

enfatan los determinantes sociales y atienden más a las dimensiones afectivas e inconscientes.

simbólicos. Dicho de otro modo, ni la interpretación y la gestión de la economía pueden esquivar la construcción simbólica de la realidad, ni estas u otras construcciones están hechas sólo de discursos. Este libro sintetiza una investigación sobre los economistas, escrito por una socióloga, desde una perspectiva histórica, cuyo objetivo es reconstruir el modo en que el ascenso de estos expertos contribuyó a transformar la política y la dominación social. Por la naturaleza de su objeto, se trata de un análisis a contracorriente de la especialización creciente que distanció a la economía de las otras ciencias sociales y del relativismo que ganó a estas últimas, dificultándoles la comprensión de las relaciones de dominación y, por ello, también las de obediencia y autoridad que acompañaron la expansión del capitalismo globalizado.

Es por esto que nuestra intención no es competir ni invalidar la acción de los economistas, sino entenderla. Siguiendo la proposición de Michel Callon (1998: 1), nos proponemos integrar, en una sola mirada, a la economía como ciencia (*economics*) y como realidad (*economy*),⁴ suponiendo que esta última depende, sobre todo en procesos de crisis y de transformación profunda, de la manera en que los científicos y técnicos (los economistas) dan forma, en diálogo, en interacción o en oposición con los profanos, al dominio de lo real que reivindican como objeto de sus reflexiones.

En este sentido, incluso poniendo en evidencia que las reformas produjeron efectos muy regresivos sobre la sociedad argentina, este libro se diferencia de otras miradas sociológicas sobre el período y sus principales protagonistas. Dos décadas después del enfrentamiento entre Torrado y Cavallo, la sociología puede situarse en otro lugar. Este estudio comenzó en 2002, cuando el orden que los economistas habían contribuido a erigir se desmoronaba. Esa ocasión singular nos permitió desarrollar lo que Michael Walzer (1996: 244 y 248) llama una “crítica interna”:⁵ un análisis que, partiendo de las experiencias y valores compartidos por los actores, puede presentarse ante ellos como un “espejo de Hamlet”. Quienes se contemplan en él pueden reconocerse, pero además pueden identificar sus méritos y sus miserias. Muchos de los economistas entrevistados, incluso los más asociados con el *mainstream*, aspiraban a comprender lo sucedido y se preguntaban sobre la responsabilidad que

4 Utilizamos los términos en inglés porque, a diferencia de lo que ocurre en español, ese idioma permite diferenciar a la disciplina de su objeto.

5 Cuando las obras citadas no figuran en español, la traducción es siempre nuestra.

les cabía en esos acontecimientos. Les perturbaba haber pasado de ser los “salvadores de la patria” a ser considerados los únicos artífices de la debacle. En un primer nivel, este libro busca desentrañar la intervención de los economistas en la lucha contra la inflación y en la elaboración y adopción de las reformas de mercado en la Argentina entre 1976 y 2001. En otro más profundo, aspira a iluminar algunos de los desafíos que enfrentan quienes pretenden ubicarse en la intersección entre el progreso del conocimiento, el compromiso político y el cambio social.

Para comprender la acción de estos expertos, en lugar de ceñirnos a un solo grupo –por ejemplo, los neoliberales o los altos funcionarios–, decidimos estudiar la mayor diversidad posible dentro de la disciplina. La centralidad de aquellos a los que Domínguez (1997) llamó “tecnopols” –Domingo Cavallo, Juan Vital Sourrouille o Roberto Lavagna– es innegable. Como el neologismo lo indica, lo que los distingue es su hibridez: su reputación nacional e internacional como especialistas pasó a depender de los resultados que alcanzaran como funcionarios, y viceversa. Sin negar la centralidad de estos personajes, los lazos existentes entre esta minoría y el resto de los miembros de la profesión nos resultaron determinantes. Nadie puede reclamarse legítimo representante de una ciencia sin cierto consentimiento de sus pares. A su vez, la participación activa de un pequeño grupo de expertos en la interpretación de los problemas públicos, en la elaboración de explicaciones y en la construcción de instituciones determina, en gran medida, las tareas cotidianas del resto de la profesión. La eficacia de las políticas propuestas por los altos funcionarios depende, por último, de las reacciones de los “agentes económicos”, que suelen estar informados y aconsejados por economistas.

Además de multiplicar los perfiles profesionales, ideológicos y generacionales, procuramos muy especialmente dedicar a todos una atención y confianza semejantes a lo largo del proceso analizado. Considerar la experiencia de distintos protagonistas y ampliar las referencias en el tiempo oficiaron como controles epistemológicos en la reconstrucción de esta historia. Es fácil darle la razón u oponerse a Sourrouille en 1985, o a Cavallo en 1993, lo difícil –y lo interesante– es intentar comprender los argumentos que ellos y otros economistas presentaban cuando gestaron sus políticas y asistieron a su agotamiento. Del mismo modo, es lógico suponer que los personajes principales tuvieron experiencias de primera mano, jugosas e irremplazables. Sin embargo, fueron muchas veces sus observadores cercanos, discípulos o antagonistas, los que nos procuraron materiales decisivos para comprender y balancear sus recuerdos e interpretaciones.

Ahora bien, como estos especialistas no fueron los únicos artífices de su suerte, no serán tampoco las únicas voces en esta historia. No menos que las decisiones que adoptaron y las consecuencias que provocaron, los propios economistas fueron tributarios de la acción de terceros. La atención en el espacio público nos permitirá aproximarnos al modo en que estos expertos fueron presentados en sociedad, poniendo de manifiesto cómo autoridades políticas, empresarios, dirigentes de organismos internacionales, inversores, sindicalistas, militantes, consumidores y ciudadanos contribuyeron a fortalecer o a debilitar, pero sobre todo a definir los rasgos de estos protagonistas de la vida nacional.

El método escogido para realizar este estudio impuso ciertas condiciones: la primera es la de excluir un pronunciamiento en primera persona sobre la naturaleza última de los fenómenos en debate. El lector no encontrará en este libro una visión personal sobre la economía, la inflación o los distintos programas económicos. Determinadas por el posicionamiento de los actores (y sus múltiples desplazamientos), las categorías utilizadas para clasificarlos (liberal, estructuralista, ortodoxo o heterodoxo) no serán tampoco consideradas definiciones fijas ni externas a las ensayadas por los protagonistas. Es el análisis de las controversias y de las categorías “nativas” el que permitirá comprender las interpretaciones y las soluciones que se encadenaron al calor de las diversas coyunturas.

En este sentido, si las trayectorias, la acción y los testimonios de los economistas constituyen las guías de esta historia, no es porque merezcan el privilegio de la exterioridad o la anticipación. Si los escogimos como objeto principal y fuente empírica de esta historia es porque como protagonistas fundamentales nos permiten aproximarnos al modo en que las transformaciones recientes se estructuraron y enlazaron. En el paso de las interpretaciones, las redes y los dispositivos sociotécnicos a los técnico-políticos, los economistas ocuparon el lugar de mediadores activos. Su gran aporte fue anudar dominios antes relativamente diferenciados: el espacio internacional y el espacio nacional, las universidades, los centros de investigación, los partidos, las burocracias públicas, los gobiernos, las verdades científicas y las aspiraciones sociales.

Para conocer más de cerca a los economistas argentinos, sus controversias y sus decisiones, existían numerosos estudios realizados con anterioridad o en paralelo a este trabajo. Algunos investigadores se centran en períodos más cortos,⁶ otros analizaron a actores específicos de la

6 Camou (1998 y 2006), Hunees (1997), Neiburg (2006) y Plotkin (2006).

intersección entre la ciencia, la política y la técnica;⁷ otros, por último, consideraron ciertos aspectos de la evolución de las ciencias económicas en el país.⁸ Este libro en la mayoría de los casos integra, y en algunos discute, sus principales conclusiones.

A la luz de los estudios disponibles, resultó fundamental prestar especial atención a la experiencia de los protagonistas. Sin embargo, pronto comprendimos la dificultad de honrar la consigna de “seguir a los actores”, propuesta por la sociología pragmática. En primer lugar, nuestra intención fue, desde el principio, acordarle una dimensión de mediano plazo a esta historia. El pasado sólo nos era accesible a partir de las múltiples huellas (en la memoria y en los archivos) que dejaron los actores. Pero tampoco los hechos contemporáneos estaban abiertos a una observación directa. Las elites y sus decisiones son por definición renuentes a la mirada de extraños, tanto más en la Argentina, donde muchos protagonistas de la vida nacional se caracterizan por la volatilidad de sus posiciones y el Estado se desentiende de documentar y preservar rastros de sus actos. Por esa razón, comenzamos por realizar setenta entrevistas en profundidad a economistas de distintas generaciones, perfiles y orientaciones ideológicas en 2002-2003.⁹ El momento era propicio porque tras la crisis de 2001 se reabría el debate económico y nuestros interlocutores sintieron la necesidad de posicionarse y/o justificarse ante una sociedad que los cuestionaba. Asimismo, nos interesamos en las compilaciones de testimonios publicados (Di Tella y Braun, 1990) y en otros archivos orales disponibles (el Archivo de Historia Oral –AHO–, del Instituto de Investigaciones Gino Germani, y la compilación de Coiteux, 2003). En el caso de los textos publicados, los protagonistas consintieron la personalización de sus declaraciones; en nuestros encuentros, en cambio, se les garantizó el anonimato. Las distintas voces de los economistas podrán

7 En particular en ciertos centros privados de investigación, llamados *think tanks*: Biglaiser (2009), Neiburg y Plotkin (2004) y Ramírez (2007). La prensa de investigación se hizo eco, desde una perspectiva crítica, del ascenso de los economistas, interesándose en particular en los ortodoxos y en los ministros más renombrados: Burgo (2011), Graziano (2001), Natanson (2005), Santoro (1994) y Zaiat (2004).

8 Beltrán (2005a), Califa (2006), Fernández López (2001), Thompson (1994) y Suárez (1973).

9 Aunque se trataba de una muestra cualitativa, velamos por garantizar proporcionalidad en tres criterios entre los economistas entrevistados: su pertenencia generacional, las instituciones en las que se desempeñaban y las administraciones en las que habían participado.

leerse con nombre propio en algunas ocasiones y sin él en otras, a lo largo de este trabajo.

Pero como los testimonios no necesariamente reflejan con fidelidad lo acontecido, ni la memoria resiste inalterada el paso de los años, complementamos esta información con un extenso trabajo de archivo y de documentación. A partir de la identificación de las grandes decisiones de política económica adoptadas entre 1976 y 2001, reconstruimos los participantes y sus posicionamientos en distintos medios de la prensa nacional y en los espacios profesionales especializados. Según recomendación de los propios economistas, ante la ausencia de espacios profesionales pluralistas¹⁰ y la vertiginosidad de la realidad nacional, los diarios se afirmaron como la fuente más indicada para reconstruir las controversias entre ellos. Los principales matutinos –*La Nación*, *La Prensa*, *Clarín*, *Página/12*– así como algunas revistas de actualidad nacional –*Primera Plana*, *7 Días*, *El Periodista de Buenos Aires*– fueron escrutados con sistematicidad. Intentamos, no obstante, forzar una mirada más especializada complementando los materiales periodísticos con el análisis de las ponencias presentadas en la Asociación Argentina de Economía Política (AAEP), la revista *Desarrollo Económico*, las Jornadas del Banco Central y de la Universidad de La Plata (UNLP) así como con un estudio de las múltiples publicaciones editadas por consultoras y *think tanks* de cierta relevancia en el país. Como en el caso de los economistas, la importancia relativa de cada una de estas fuentes no fue la misma a lo largo de todo el período, e intentaremos aclararlo en cada caso.

Como el relativismo completo es impracticable y la significación de los fenómenos a analizar requiere por momentos una mirada de conjunto, adoptamos la siguiente decisión: en las descripciones generales sobre el estado de la realidad económica y social y los efectos de las políticas aplicadas, presentamos las descripciones igualmente aceptadas por todos los especialistas o precisamos en cada etapa, en la medida de lo posible, los desacuerdos, los matices, los énfasis observados. Para ello, además de las fuentes consultadas, recurrimos a análisis de la historia económica realizados por economistas con perspectivas ideológicas diferentes.¹¹

10 Entre las contadas excepciones, corresponde subrayar que la Universidad de Buenos Aires organizó dos jornadas, en 1996 y 1998, para un debate pluralista, y las intervenciones fueron luego publicadas en la revista *Desarrollo Económico*.

11 Además de las obras específicas, la historia económica del siglo XX fue reconstruida sobre la base de los libros de Cortés Conde (2005, considerado

A lo largo de cinco capítulos, este libro estudia la gestación, el apogeo y la crisis de la más reciente utopía tecnocrática. En el primer capítulo, se sintetiza el ascenso público y político de los economistas. En el segundo, se reconstruye el modo en que la inflación se convirtió en el principal problema de política (económica), así como las controversias y los intentos infructuosos de solucionar el incremento persistente de los precios. El tercero se concentra en la convertibilidad, sus orígenes vacilantes y su posterior afirmación como institución fundamental de la Argentina. El cuarto argumenta acerca de las transformaciones del régimen sociopolítico al técnico-político de representación. El quinto se concentra en el estallido de la fórmula mágica y la perplejidad de los economistas que acompañaron esta debacle. A casi quince años de este hecho traumático, el libro cierra con una conclusión y un epílogo.



un historiador liberal), Gerchunoff y Llach (1998, cuyo primer autor es sindicado entre los heterodoxos) y Rapoport y otros (2000, asociado a la centroizquierda).